

La Epístola de Judas

Hamilton SMITH

biblicom.org

Índice

1 - Las advertencias	3
1.1 - El comienzo del mal (Judas 4)	4
1.2 - El carácter del mal (Judas 5-10)	4
1.3 - La evolución del mal (Judas 11-13)	7
1.3.1 - El camino de Caín	7
1.3.2 - El error de Balaam	7
1.3.3 - La rebelión de Coré	8
1.3.4 - La evolución del mal que corrompe a la cristiandad	8
1.4 - El juicio del mal (Judas 14-16)	9
2 - Los estímulos	10
2.1 - Contender (Judas 3)	11
2.2 - Recordar (Judas 17)	12
2.3 - Edificar (Judas 20)	13
2.4 - Orar (Judas 20)	13
2.5 - Guardar (Judas 21)	13
2.6 - Esperar (Judas 21)	14
2.7 - Tener compasión (Judas 23)	14
2.8 - Judas 24 y 25	15

1 - Las advertencias

Se ha conjeturado que la Epístola de Judas fue la última de las Epístolas inspiradas. En cualquier caso, está muy apropiadamente colocada, en nuestra disposición de las Escrituras, inmediatamente antes del libro de Apocalipsis; porque mientras Judas habla de la corrupción y de la apostasía de la profesión cristiana, el Apocalipsis predice el juicio que debe seguir en todos sus terribles detalles.

Judas, habiendo tomado su pluma en la mano, se propuso escribir con toda diligencia sobre la salvación común, pero, guiado por el Espíritu de Dios, se ve obligado a escribir sobre un mal especial que hizo que en todo momento exhortara a los santos a contender fervientemente por la fe.

Hay males comunes –el mundo, la carne y el diablo– a los cuales, todos los que disfrutan de la salvación, están expuestos en todo momento y en todo lugar; Judas, sin embargo, no escribe ni sobre la salvación común ni de los males comunes. Él tiene ante sí una forma especial y muy terrible de maldad: la corrupción de la cristiandad por hombres impíos dentro del círculo cristiano.

Para obtener una idea clara de este mal espantoso, recordemos que el apóstol Juan ya había escrito de aquellos que «salieron de nosotros, pero no eran de nosotros» (1 Juan 2:19). Judas también rastrea el mal del cual habla a aquellos que no son «de nosotros» porque dice en el versículo 4 que son hombres «impíos». Hay, sin embargo, esta diferencia importante, los hombres impíos de quienes Juan habla «salieron», mientras que los impíos de quienes Judas escribe «han entrado con disimulo». En consecuencia, la diferencia es muy grande. Si los hombres impíos «salen», se convertirán en opositores a la verdad fuera del círculo cristiano. Si los impíos se infiltran, se convertirán en corruptores de la verdad dentro del círculo cristiano. Oponerse a la verdad es realmente solemne, corromperla es mucho peor. Es de este mal especial y terrible que Judas escribe. Él pone al descubierto su comienzo insidioso en los días de los apóstoles; expone su carácter mortal; traza su mal curso a través de las edades sucesivas, y predice su juicio abrumador en la venida del Señor. Su continuación a través de la dispensación demuestra claramente que la corrupción dentro del círculo cristiano es un mal que ninguna adhesión a la luz puede detener, ningún despertar puede controlar, y ninguna reforma puede eliminar. Solo el Señor puede lidiar con ello en su venida. Primero, Judas presenta ante nosotros:

1.1 - El comienzo del mal (Judas 4)

La corrupción dentro del círculo cristiano comenzó a través de ciertos hombres que se infiltraron sin que este círculo se diera cuenta. El hecho de que vinieran sin que se dieran cuenta muestra claramente que engañaron a los santos con una buena profesión y una apariencia justa. Hicieron una profesión de cristianismo y fueron recibidos como verdaderos cristianos. Realmente los ministros de Satanás, aparecieron como ministros de justicia. El mal también comenzó en los días apostólicos, porque Judas no nos está advirtiendo simplemente del mal que vendría en los últimos días, sino del mal que estaba presente en sus días. Pablo había dicho: «Sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos voraces, que no perdonarán al rebaño» (Hec. 20:29). Pero cuando Judas escribe, los lobos voraces ya están en su nefasto trabajo. Él no dice que habrá ciertos hombres, pero «los hay».

1.2 - El carácter del mal (Judas 5-10)

Habiendo indicado así el comienzo del mal, Judas procede a exponer el carácter del mal que había entrado. Hemos visto que los hombres que trajeron la corrupción eran de hecho «impíos», aunque aparentemente justos. El carácter de su impiedad es doble.

En primer lugar, convirtieron la gracia de Dios en lascivia. En la Epístola a Tito aprendemos que la gracia es el principio sobre el cual Dios está salvando a los hombres, y por el cual él enseña al creyente a negar la impiedad y los deseos mundanos y a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo presente (Tito 2:11-12). El gran principio por el cual Dios está salvando a los hombres del pecado, y enseñándoles a vivir sobriamente, es hecho la ocasión por estos hombres impíos para gratificar la carne y satisfacer su lujuria, al mismo tiempo que mantienen una profesión justa y se mueven en el círculo cristiano.

En segundo lugar, niegan a «nuestro único Maestro y Señor Jesucristo» (v. 4). Este es el rechazo de toda autoridad. No niegan el nombre de Cristo, pero no se someterán a su autoridad. Ellos niegan a «nuestro único Soberano y Señor» (v. 4). Esto es iniquidad, y iniquidad es la determinación de hacer la propia voluntad.

Aquí, entonces, tenemos las dos grandes características de este mal corruptor: la lujuria y la iniquidad. Por necesidad, la lujuria conduce a la iniquidad, porque el hombre que está decidido a satisfacer su lujuria será impaciente por todo tipo de

restricción. ¿Quién puede negar hoy que lo que lleva el nombre de Cristo sobre la tierra está marcado por la lujuria y la iniquidad? Verdaderamente el mal puede tomar muchas formas diferentes y manifestarse en grados muy variados, pero en cada lado se manifiesta cada vez más un espíritu de voluntad propia y autoindulgencia combinado con un espíritu de rebelión que se levanta contra toda autoridad.

Además, Judas no solo retrata el carácter del mal, sino que también muestra lo que implica y a dónde conduce. Implica la desesperanza de la apostasía y conduce a un juicio abrumador. Para probar esto más allá de toda duda, Judas recuerda 3 ejemplos terribles en la historia del mundo. Primero nos recuerda a aquellos que fueron salvados de la tierra de Egipto, pero después fueron destruidos en el desierto. ¿Cuál fue el motivo de su caída? Lujuria e iniquidad. Codiciaban las cosas de Egipto, y se rebelaron contra Dios (Judas 5).

Luego, Judas presenta a los ángeles, que no guardaron su primer estado. La referencia no es a la caída de Satanás y sus ángeles, porque, como bien sabemos, no están actualmente encadenados, sino que se les permite vagar de un lado a otro en esta tierra. Esta es una segunda caída de ángeles, presumiblemente mencionada en Génesis 6. El secreto de la caída de Satanás fue el orgullo, por el cual buscó exaltarse al trono de Dios. El secreto de esta segunda caída de ángeles fue la lujuria, por la cual dejaron su propia habitación y no guardaron su primer estado (Judas 6).

Por último, Judas recuerda la oscura historia de Sodoma y Gomorra, ciudades que se entregaron a la lujuria y a la iniquidad (Judas 7).

En relación con estos 3 ejemplos, hay varios hechos que hacemos bien en recordar:

- En primer lugar, el mal subyacente en todos los casos era la lujuria de alguna forma.
- En segundo lugar, el esfuerzo por satisfacer la lujuria llevó a la rebelión contra la autoridad de Dios.
- En tercer lugar, la rebelión contra Dios implicaba el abandono de la posición en la que Dios los había colocado. Esto es apostasía.
- En cuarto lugar, en todos los casos la apostasía provocó un juicio abrumador. No hay esperanza para el apóstata.

Israel cayó en la lujuria, se rebeló contra Dios, y así abandonó su posición de relación externa con Dios en la que habían sido colocados. Esto fue apostasía y condujo

a su juicio: fueron destruidos. Los ángeles codiciaban y abandonaban la posición angélica en la que Dios los había puesto.

Esto también fue apostasía y, en consecuencia, son abandonados al juicio, «los ha guardado bajo tinieblas en prisiones eternas, para el juicio del gran día» (v. 6). Sodoma y Gomorra codiciaban y abandonaban el orden natural que Dios había ordenado. Esto nuevamente fue apostasía, exponiéndolos al juicio del «fuego eterno».

¡Cuán solemnes son las advertencias de estos terribles ejemplos! Cuán fuerte proclaman que la corrupción y la rebelión que caracterizan la gran profesión cristiana de hoy está llevando al horror sin esperanza de la apostasía, al abandono total de la posición cristiana. Para la apostasía no hay recuperación ni remedio. No hay nada frente a la cristiandad corrupta sino el juicio, largamente predicho, en la venida del Señor con 10.000 de sus santos.

Sin embargo, Judas no nos deja hacer la aplicación de estos ejemplos, porque los mismos hechos se aplican a los corruptores de la cristiandad (Judas 8-10). Ellos también están marcados por los deseos de la carne. No gobernados por la revelación de Dios, se enamoran de sus propios sueños sucios que contaminan la carne. Ellos también están marcados por la iniquidad. En la búsqueda ansiosa de sus sueños se rebelan contra toda autoridad; como se dice, «desprecian a las potestades y blasfeman las glorias celestiales» (v. 8). Meros hombres naturales, no pueden saber nada de las cosas de Dios, porque «nadie conoció las [cosas] de Dios, sino el Espíritu de Dios» (1 Cor. 2:11). De estas cosas que no saben, hablan mal, y en las cosas que saben naturalmente se corrompen a sí mismos, porque, como uno ha dicho verdaderamente: “El hombre no puede llegar a ser como una bestia sin degradarse muy por debajo de la bestia; y lo que solo testimonia en la bestia la ausencia de un elemento moral, en el hombre dará testimonio de la presencia de uno inmoral”.

Aquí tenemos todos los elementos que marcan la cristiandad corrupta. Sueños sucios en lugar de la revelación de Dios; el cuerpo contaminado en lugar de ser usado para la gloria de Dios; señorío despreciado en lugar de sumisión a la autoridad de Cristo; dignidades criticadas en lugar del debido reconocimiento; el mal hablaba de cosas espirituales y cosas naturales corrompidas. Tal es la imagen solemne, no de paganismo degradado, sino de cristiandad civilizada. Para esta condición solo puede haber un extremo.

1.3 - La evolución del mal (Judas 11-13)

1.3.1 - El camino de Caín

Antes de presentar el terrible final de la corrupción, Judas retrata en unas breves frases el curso del mal. Expone expresivamente el desarrollo del mal mediante el uso de 3 ilustraciones más extraídas del Antiguo Testamento. Recordando la historia de Caín, exclama de los corruptores de la cristiandad: «¡Ay de ellos! Porque anduvieron *en el camino de Caín*» (v. 11). El camino de Caín era el camino de la religión natural. Caín era un hombre religioso, pero su religión estaba de acuerdo con los pensamientos del hombre caído y no de acuerdo con la revelación de Dios. Su religión natural lo llevó a menospreciar el pecado, a despreciar la provisión de Dios para enfrentar el pecado, a intentar acercarse a Dios sobre la base de sus propias obras y a perseguir al verdadero hijo de Dios. ¡Desgraciadamente! A través de la corrupción de hombres impíos, la gran masa de cristianos profesos se ha posicionado en el camino de Caín. La religión popular de la época ignora la revelación de Dios, y no toma en cuenta el pecado a los ojos de Dios. Trata la caída como un mero mito y, por lo tanto, negar que el hombre haya caído, no tiene ninguna utilidad para la expiación. Rechazando la obra propiciatoria de Cristo, naturalmente recurre a las obras de los hombres por el terreno de la aceptación con Dios. Además, tiene en gran desprecio y odio especial a todos aquellos que, aferrándose a la revelación de Dios, confían en la sangre expiatoria como su única súplica, y aman a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad y verdad. Sobre todos los que siguen el camino de Caín, Dios pronuncia «Ay».

1.3.2 - El error de Balaam

Judas continúa apelando a la historia de uno de los hombres más depravados del Antiguo Testamento. Él dice de estos corruptores, que se lanzaron «en *el error de Balaam* por una recompensa» (v. 11). Este hombre desesperadamente malvado fue gobernado por la codicia. En la búsqueda de la ganancia, se desvanecía haciendo mercancía del pueblo de Dios, e incluso estaba listo para proclamar el error si al hacerlo podía obtener la recompensa. Esto ha sido llamado correctamente el error eclesiástico, o cuántos hay que ocupan altos cargos oficiales en la iglesia profesa que simplemente usan la posición para hacer mercancía del pueblo de Dios, y están listos para enseñar el error para obtener recompensas. Este mal se eleva a su mayor altura en el sistema corrupto de Roma marcado, como está, por «mercancía de oro» (Apoc.

18:12) y cada elección y cosa preciosa que el corazón del hombre puede codiciar, desde «oro, plata y piedras preciosas», hasta «las almas de hombres». Si la iglesia profesa puede hacer mercancía con la verdad de Dios, no dudará en hacer trueque con las almas de los hombres (Apoc. 18:12-13). Tal es la repetición moderna del error de Balaam.

1.3.3 - La rebelión de Coré

Por último, Judas dice de estos corruptores, que «perecieron en **la rebelión de Coré**» (v. 11). El pecado de Coré fue doble; por un lado, se rebeló abiertamente contra Moisés y Aarón diciendo: «¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?» (Núm. 16:3); por otro lado, no contento con su propia posición, usurpó el lugar de la intercesión sacerdotal que solo pertenecía a Aarón (Núm. 16:3, 9-10). Buscó degradar a Moisés y Aarón al nivel de la congregación, y exaltarse a sí mismo al nivel de Aarón. Por desgracia, la respuesta moderna a la crítica de Coré es demasiado manifiesta. Desde el púlpito y la prensa, desde la convención y la conferencia fluye una marea cada vez mayor de rebelión contra el Cristo de Dios, combinada con la exaltación del hombre. Cristo es degradado al nivel del hombre caído, y el hombre está exaltado al nivel de Dios. Los infieles religiosos disfrazados de cristianos se atreven a decir que se hace demasiado de Cristo mientras reclaman para el hombre derechos y honores que solo pertenecen a Cristo. Esta rebelión contra Cristo vinculada con la exaltación del hombre es la esencia misma de la apostasía y terminará en la aparición de ese gran apóstata, «el hombre de pecado», «el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de adoración; de modo que se sienta en el templo de Dios, presentándose él mismo como Dios» (2 Tes. 2:3-4).

1.3.4 - La evolución del mal que corrompe a la cristiandad

Tal es el terrible curso del mal por el cual la cristiandad está siendo corrompida. Comenzando con el camino de Caín, o religión que, ignorando la revelación, se enmarca de acuerdo con el corazón natural del hombre, se convierte en el error de Balaam, haciendo de la religión una cuestión de mercancía; y termina en el descontento de Coré, que es apostasía.

Judas multiplica las metáforas al expresar su horror por estos malvados corruptores

de la iglesia profesa. Son rocas hundidas (traducidas «manchas») que conducen al naufragio; nubes, que prometen lluvias refrescantes pero en realidad sin agua y llevadas de un lado a otro por los vientos; árboles, por un tiempo dando un espectáculo justo pero sin dar fruto, 2 veces muertos (por naturaleza y por profesión), y al final desarraigados; olas furiosas del mar, haciendo una gran exhibición de poder, pero en realidad espumando cosas que son para su vergüenza; estrellas errantes, apareciendo con brillo meteórico por un tiempo solo para vagar en «reservada oscuridad para siempre» (v. 13).

Así, Judas recorre la tierra, el mar y el cielo para encontrar figuras con las que exponer y condenar este terrible mal. Sin embargo, que nadie piense a causa de estas figuras sorprendentes que estos representados son monstruos de iniquidad a la vista de los hombres. Más bien, de hecho, aparecen como ángeles de luz y ministros de justicia festejando en compañía de los cristianos, y alimentándose sin temor; mostrando, de hecho, por su parte, que no tienen conciencia, y por parte de los cristianos, que su verdadero carácter no es discernido.

1.4 - El juicio del mal (Judas 14-16)

Habiendo aprendido así el carácter y la fuente de este gran mal, finalmente se nos permite ver el juicio del mal. Para el arrepentimiento hay una forma de recuperación; para el apóstata nada más que una cierta mirada temerosa de juicio e indignación ardiente, que devorará a los adversarios. La apostasía termina en el juicio aplastante, predicho por Enoc, y cumplido cuando el Señor venga con sus santos. Enoc en su día, rodeado por el mundo de los impíos, antes de ser arrebatado al cielo, predijo el juicio que vendría. Una vez más, el pueblo del Señor se encuentra rodeado por los impíos, ellos también buscan encontrarse con el Señor en el aire, y saben que el juicio debe seguir a la cristiandad apóstata. En aquel día no solo las «obras impías» encontrarán su debida recompensa, sino «todas las palabras duras que los impíos pecadores hablaron contra él» (v. 15). Desde los días de los apóstoles hasta estos últimos días, la Persona del Cristo ha sido objeto constante de ataques por corruptores impíos dentro de la Iglesia. Pero no se han olvidado las «palabras duras» «contra él». Todos serán recordados y serán recordados solo para retroceder en juicio sobre aquellos que tan ligeramente se han atrevido a juzgar al Hijo de Dios.

Pero aquellos que han menospreciado a Cristo siempre han exaltado al hombre. Si han hablado «palabras duras» contra el Cristo de Dios, también han pronunciado «palabras arrogantes» (v. 16) concernientes a hombres pecadores. La degradación de

Cristo está siempre ligada a la admiración del hombre. Además, detrás de los duros discursos contra Cristo siempre hay un caminar abyecto. Tales son «murmuradores querellosos, que andan en sus malos deseos» (v. 16). La lujuria es el verdadero secreto del antagonismo hacia Cristo y la admiración del hombre.

Los discursos duros contra el Cristo de Dios deben suscitar la justa indignación de los verdaderos hijos de Dios; y, sin embargo, se debe manifestar una gran paciencia y tratar a los autores de estos duros discursos con desprecio silencioso, sabiendo que pronto llegará el momento en que todo será tratado en juicio. El manejo irreverente de la revelación de Dios, las perversiones perversas de las verdades divinas y las blasfemias contra la Persona y la obra de Cristo, ya sea por parte de críticos superiores, infieles religiosos o profesores sin gracia, no han sido pasados por alto por un Dios Santo. Durante siglos ha guardado silencio y ha soportado una paciencia sufrida, mientras que los hombres, cada vez más audaces en rebelión, han acumulado ira para el día de la ira; pero al final cada «palabra dura» recibirá su respuesta aplastante, y todo opositor será silenciado y condenado, porque: «He aquí, que vino el Señor con sus santas miríadas, para hacer juicio contra todos, y convencer a todos los impíos de todas las obras impías que impíamente hicieron, y de todas las palabras duras que los impíos pecadores hablaron contra él» (v. 14-15).

2 - Los estímulos

Si las advertencias de esta breve Epístola son intensamente solemnes, el estímulo es sumamente precioso. En el versículo de apertura se dirige a los santos como «llamados», «amados» y «guardados». Ni las corrupciones de la cristiandad, ni los fracasos de los santos, pueden frustrar los propósitos de Dios. «Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios» (Rom. 11:29). Por oscuro que sea el día, hay quienes son llamados según el propósito eterno de Dios; y aquellos a quienes él ha llamado son los objetos de su amor inmutable; y aquellos a quienes él ama son los sujetos de su cuidado preservador. Esto habla de lo que Dios es para los santos en lugar de lo que los santos son para Dios. Dios nos ha «llamado»; Dios nos «ama»; Dios nos «guarda». Lo que Dios es para su pueblo está presentado como el único fundamento permanente de su bendición y seguridad. Más tarde, Judas ciertamente nos exhortará en cuanto a nuestras responsabilidades, pero como siempre bajo la gracia, no alcanzamos un lugar de privilegio al llevar a cabo nuestras responsabilidades, como nuestros corazones legales podrían pensar, sino que, al estar en un

lugar de privilegio, ciertas responsabilidades siguen.

Si no fuera por el llamado de Dios, el amor de Dios y el cuidado preservador de Dios, todo sería arrastrado a las corrupciones que abundan por todas partes. Además, las bendiciones de la «misericordia», la «paz» y el «amor», todavía se pueden disfrutar por oscuro que sea el día. Y no solo disfrutado, sino «multiplicado». Si el mal abunda y las dificultades se multiplican, entonces la misericordia, la paz y el amor también se multiplicarán (v. 2).

Habiéndonos recordado así nuestros privilegios, Judas procede a instruirnos en la mente de Dios para su pueblo en medio de abundante corrupción. Por oscuro que sea el día, Dios tiene un camino para su pueblo.

2.1 - Contender (Judas 3)

Debemos contender fervientemente por la fe que una vez fue entregada a los santos. «La fe» de la que habla Judas no es la fe personal por la cual creemos, sino lo que debe ser creído: la verdad. Cuando el error prevalece y la oposición levanta la cabeza, no es suficiente que exponamos la verdad, debemos luchar por ella. Esto implica conflicto, pero cuando Cristo es atacado, y la verdad está en juego, no debemos rehuir la buena batalla de la fe bajo cualquier petición de caridad cristiana.

Además, es «la fe» por la que debemos luchar, es decir, todo el círculo de la verdad. No debemos simplemente luchar por una verdad en particular. Esto ciertamente se ha hecho, con el resultado de que la verdad como un todo se ha perdido, y se han formado sectas para mantener una verdad particular como la santidad, la presencia del Espíritu, la unidad de la Iglesia o la venida del Señor.

Además, notemos que la fe por la cual tenemos que contender es la fe «una vez fue enseñada a los santos» (v. 3). La palabra «una vez» tiene la fuerza de “una sola vez”. No admite adición, modificación ni desarrollo. No hay una nueva comunicación de la verdad a los santos. Se les ha entregado de una vez por todas. Es posible que tengamos mucho que aprender acerca de la verdad. Dios puede conceder nueva luz sobre la verdad ya revelada, y debemos crecer en nuestra aprehensión de ella. Pero la verdad misma ha sido entregada una vez por todas a los santos. Y por esto debemos luchar. No la verdad sostenida en medida por los Padres, o transmitida por la tradición, o cristalizada por los credos, u oscurecida por una enseñanza defectuosa, sino la fe una vez entregada a los santos en la misma forma en que fue entregada.

Una vez más, es bueno señalar que no estamos llamados a lidiar con el error. Muchas almas sinceras lo han hecho y han formado cruzadas contra diferentes males evidentes. Hay ocasiones, de hecho, cuando luchar por la verdad requiere la exposición del mal. Pero el gran asunto del pueblo de Dios es con la verdad, no con el error. Judas no dice exponer seriamente el error, sino a exhortarnos «a que luchéis por la fe» (v. 3).

2.2 - Recordar (Judas 17)

Si entonces vamos a defender la verdad, hay otra palabra usada por Judas que hemos bien en enfatizar. En [Judas 17](#) dice: «Amados, recordad las palabras que han sido dichas antes por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo». Si vamos a contender por la fe, cuán profundamente importante es que «recordemos» las mismas palabras en las que la verdad nos ha sido entregada por medio de los apóstoles. Los llamados Críticos Superiores pueden cuestionar las palabras apostólicas, los teólogos pueden menospreciar sus palabras, pero la Palabra misma declara que si un hombre es espiritual, reconocerá que las cosas escritas por los apóstoles son «mandamientos del Señor» ([1 Cor. 14:37](#)). Además, la sumisión a la enseñanza apostólica es la gran prueba de con qué espíritu habla un hombre: «El que conoce a Dios, nos escucha; el que no es de Dios, no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» ([1 Juan 4:6](#)).

Aquí, sin embargo, son las advertencias proféticas de los apóstoles las que estamos llamados a recordar más especialmente. Qué consuelo que hayamos sido advertidos del terrible mal. Enoc profetizó del mal; Los apóstoles nos advirtieron de ello. Así que, aunque no podemos dejar de lamentarnos por la corrupción, no hay motivo para la sorpresa y no hay necesidad de desanimarse; más bien, nuestra fe debe ser confirmada al ver el cumplimiento de las palabras de los apóstoles. Las palabras proféticas de los apóstoles confirman las advertencias de Judas. Ellos también nos han advertido de la aparición en los últimos días de hombres que se recrearían de las cosas divinas, siendo guiados por sus propios deseos impíos. Tales, aunque nominalmente asociados con el pueblo de Dios, en realidad caminan separados como si no tuvieran comunión con ellos. Son naturales, no tienen el Espíritu de Dios. Pueden ocupar lugares prominentes en los púlpitos de la cristiandad, pero, como uno ha dicho, se burlan de la fe simple de sus antepasados, predicán una supuesta moralidad en lugar de Cristo, y buscan de todas las maneras posibles socavar la inspiración de las Escrituras y las verdades del cristianismo.

2.3 - Edificar (Judas 20)

Sin embargo, si vamos a contender por la fe, se nos recuerda aún más en Judas 20 la necesidad de que el individuo construya. No podemos contender correctamente por la fe a menos que estemos edificados en nuestra santísima fe. No estamos llamados a estar edificados en todas las formas diferentes que el mal puede asumir. No podremos resistir al error simplemente conociendo el error. Solo podemos encontrar el error cuando estamos edificados en la verdad. Además, nuestra fe es una «santísima fe» (v. 20). De modo que al ser edificados en la fe no solo estamos adquiriendo un conocimiento más profundo de la verdad, sino que somos cada vez más forjados por la verdad. Tiene un efecto santo y santificador sobre nuestras almas, lo que lleva a una mayor separación del mal por el cual estamos rodeados (Juan 17:17).

2.4 - Orar (Judas 20)

Esto, para ser eficaz, debe ser «orando en el Espíritu Santo» (v. 20). Se dice mucho acerca de la oración hoy en día, pero bien podemos hacer una pausa y preguntar: “¿Es oración en el Espíritu Santo?” Dos cosas marcarán tal oración. Será oración de acuerdo con la mente de Dios como se revela en su Palabra, y tendrá a Cristo y sus intereses como objeto. El Espíritu Santo nunca puede guiar de una manera contraria a la Palabra de Dios, y siempre tiene a Cristo delante de él. La gran misión del Espíritu Santo en el mundo es exaltar a Cristo. Él no ha venido a hacer del mundo que echó fuera al Hijo de Dios un mundo agradable, decente y feliz. Él está aquí para sacar a un pueblo del mundo para Cristo. La «edificación» conducirá a la «oración». Cuanto mayor sea la diligencia con la que estemos edificados en nuestra santísima fe, mejor podremos orar en el Espíritu Santo, y mayor será la necesidad consciente de orar en el Espíritu Santo.

2.5 - Guardar (Judas 21)

«Conservaos en el amor de Dios» (v. 21). La oración en el Espíritu Santo pone al alma en estrecho contacto con Dios, y estar en contacto con Dios es disfrutar del sentido consciente de su amor, porque Dios es amor. Como cristianos todos admitimos el hecho de que Dios nos ama, pero otra cosa es vivir en la conciencia de su amor. Sin embargo, ¿qué es más importante, o más bendito, que caminar en el sentimiento constante de que somos amados por Dios! El mundo religioso, el mundo

de Caín puede odiarnos; muchos de los queridos pueblos de Dios pueden malinterpretarnos, pero Dios nos ama. Las circunstancias pueden ser difíciles, las penas pueden acumularse y el mal puede abundar; pero si nos mantenemos en el amor de Dios, ninguna de estas cosas podrá poner en tela de juicio el glorioso hecho de que el amor de Dios, expresado en Cristo, está fluyendo sobre nosotros a través de los cielos abiertos. Así como somos guardados en el amor de Dios, seremos liberados del amor al mundo (1 Juan 2:15); enamorado de los santos (1 Juan 5:1); y condujo en amor al pecador (2 Cor. 5:14).

Además, este amor no será satisfecho hasta que estemos con Cristo y como Cristo. Entonces, en efecto, Dios «callará de amor» y se regocijará sobre nosotros con cánticos (Sof. 3:17).

2.6 - Esperar (Judas 21)

Esto nos lleva a un ejercicio adicional que nos está presentado en la palabra «esperar». Mantenernos en el amor de Dios nos llevará a «esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» (s. 21). Misericordia sobre misericordia satisface nuestra necesidad en cada paso de nuestro camino de peregrinación, pero la misericordia suprema nos sacará de la escena de la necesidad de encontrarnos con el Señor en el aire y entrar en la plenitud de la vida en el hogar eterno de la vida. En la tierra podemos haber vislumbrado su gloria, disfrutado del sabor de su dulzura, en el cielo entramos en su plenitud.

Edificar, orar, guardar y esperar expresan los ejercicios mutuamente dependientes mediante los cuales se mantiene el alma en medio de las corrupciones prevaletientes de la cristiandad. Tales ejercicios son, sin embargo, en gran medida individuales, pero esto no significa que debemos pensar solo en nosotros mismos en el olvido de los demás. Judas, habiéndonos guiado a la plenitud de la vida eterna, echa una mirada hacia atrás en la maraña del mal, y en medio de ella, y asociada con ella, ve a muchos del pueblo de Dios.

2.7 - Tener compasión (Judas 23)

Entonces Judas parece decir: “Serás capaz de cuidar a los demás”. Por lo tanto, sus palabras son: «Tened compasión» (v. 22). Si tu corazón se mantiene en el amor de Dios, tu corazón estará con aquellos que Dios ama. Sin embargo, no se nos exhorta

a tener compasión de todos. Es solo de “algunos” que debemos tener compasión, haciendo una diferencia. Los líderes de la apostasía son tratados con horror, no con compasión. Pero hay aquellos que son guiados, no voluntarios, sino ignorantes, y por ellos debemos tener compasión. Otros están más profundamente involucrados en el mal, el fuego parece listo para encenderse sobre ellos, pero aun así debemos tratar de rescatarlos, sacándolos del fuego, al mismo tiempo que odiamos el mal en el que se encuentran. La compasión ilimitada por el pueblo de Dios siempre debe estar vinculada con una separación intransigente del mal con el que están vinculados. Así como lo fue con Cristo, de quien se ha dicho con justicia: “En Cristo hay una compasión que no conoce límites para el pecador combinada con una separación infinita de su pecado”. Para mostrar compasión necesitaremos amor divino; hacer una diferencia requerirá sabiduría divina; sacar a cualquiera «del fuego» (v. 23) requerirá poder divino; Y «aborreciendo hasta la ropa contaminada por la carne» exigirá santidad divina. ¡Qué grande es entonces la necesidad de edificarnos en nuestra santísima fe y orar en el Espíritu Santo!

2.8 - Judas 24 y 25

Judas ha expuesto el mal en todo su horror, y ha advertido, alentado y exhortado a los santos; pero su recurso final es Dios mismo y todo lo que Dios es para su pueblo. La magnitud del mal y la debilidad de los santos se desvanece de su vista, y solo Dios permanece. Por lo tanto, puede cerrar la Epístola más solemne jamás escrita con el estallido de alabanza más glorioso. Judas ha contemplado la ruina de lo que profesa el nombre de Cristo; ha echado una mirada hacia atrás al comienzo de la corrupción; con mirada profética ha mirado hacia su solemne final; pero, al fin, desde en medio de la ruina y la ruina de una cristiandad corrupta, mira hacia arriba, y de inmediato, a pesar de la perspectiva oscura, rompe en alabanza: «Al que os puede guardar sin caída, y presentaros sin mancha ante él, con gran alegría» (v. 24).

Judas parece decir: “Veo la corrupción que ha entrado, veo la creciente marea del mal, veo que los santos pueden fallar en *edificar, orar y guardarse a sí mismos*; pero veo que hay Uno en la gloria que es capaz de evitar que tropiecen, traerlos a salvo a Casa, y presentarlos sin mancha ante la presencia de Su gloria con gran gozo. Veo que se acerca el día del juicio para los profesos impíos, un día ensombrecido y de tristeza; pero veo que el día de la presentación viene para todos sus santos, un día de gloria y gran gozo”. Es para nosotros con la misma fe tomar el lenguaje de Ju-

das. Al ver la corriente incesante de blasfemias derramadas por profesos sin Cristo y recibidas con indiferencia, o incluso aplausos, por la gran masa de la profesión cristiana. A medida que vemos los cimientos atacados, la verdad caída en la calle, y los hombres malvados y los seductores empeorando cada vez más, bien podemos preguntar: “¿Cuál será el fin?” Pero, gracias a Dios, por el consuelo y el aliento de su pueblo, él no nos ha dejado en ninguna incertidumbre en cuanto al final. Judas nos dice el fin para los corruptores, el fin para el pueblo de Dios, y el fin para Dios mismo. Todo terminará cuando los corruptores apóstatas reciban su justo juicio, los santos de Dios estén presentados sin mancha ante la presencia de su gloria con gran gozo, y Dios mismo reciba: «¡Gloria, majestad, dominio y autoridad!» para siempre (v. 25). Las penas pasajeras del tiempo darán lugar a los gozos extraordinarios de la eternidad. Nuestro gozo de estar allí, su gozo de tenernos allí. «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho» (Is. 53:11). Aquel cuya alma una vez estuvo muy triste hasta la muerte, estará lleno de “excesivo gozo” por la eternidad. Bien podemos exclamar con Judas: «El único Dios, nuestro Salvador, mediante Jesucristo nuestro Señor, ¡sea gloria, majestad, dominio y autoridad, desde antes de todo siglo, ahora y por todos los siglos! Amén» (v. 25).